

Prólogo

Era un día espléndido para matar.

Adhémar, rey de Neroche, asintió ante el pensamiento, aunque sospechaba que realmente no llegaría a ocurrir nada tan excitante. Había salido a dar un simple paseo a lo largo de sus fronteras del norte, no a una batalla campal. De hecho, hacía tanto tiempo que no se enfrentaba con ningún problema que daba la impresión de que lo único que hacía con su espada en la actualidad era apoyarla junto a su codo durante la cena.

Verdaderamente, era una lástima. Descendía de un antiguo linaje de soberbios guerreros. Y él tenía que reconocer, con absoluta modestia, que había heredado más que una considerable porción de destreza. No era algo que mencionara en exceso; su reino hablaba por sí solo. Ningún desastre desde que él fuera coronado catorce años atrás, ninguna guerra con reinos vecinos, ningún problema real con la amenaza del norte. Esa clase de paz era un magnífico logro, aunque le había privado de vanagloriarse de todas las hazañas que le hubiera gustado. Por lo menos no había nada de naturaleza catastrófica que algún trovador de lengua suelta utilizara para entretener a aquellos menos respetuosos con las preocupaciones de un rey.

Sí, era una buena vida. Adhémar miró a su alrededor con satisfacción. Estaba rodeado de su grupo de guardias de élite, cada uno de ellos equivalente a una guarnición entera de un rey de menor importancia. Su castillo, Tor Neroche, se erguía a sus espaldas en la falda

escarpada de una montaña como una temible ave de presa. Incluso los reyes de otros países se estremecían un tanto cuando cabalgaban bajo las sombras de esas almenas. ¿Y quién podía culparlos? Era sumamente espectacular.

Y luego había que tener en cuenta los detalles más personales. Adhémар desvió hacia ellos su atención con una cantidad decente de entusiasmo. Se analizó a sí mismo en busca de defectos. Resultaba difícil encontrar muchos, aunque sin duda era más crítico consigo mismo de lo que lo era con ninguna otra persona. Era joven, para ser rey de Neroche; era guapo, basándose en los comentarios de otros que sabía que eran absolutamente imparciales; y toda su vida había estado llena de poder, magia y muchos otros reyes que hubieran deseado poder ser él.

Y ahora estar por ahí paseando, saboreando los primeros días de lo que prometía ser un otoño glorioso, consciente de que las estaciones se desplegaban ante él con la misma exquisitez con la que las dejaba atrás. Escuchó el tintineo de los arreos y las conversaciones en voz baja de sus hombres, y en su fuero interno supo que hoy sería un día más que pasaría pacífica y tranquilamente a formar parte del esplendor que era su reino.

Y entonces, con total brusquedad, las cosas cambiaron.

Se oyó el ruido de un manotazo. Adhémар se giró en su silla y se encontró al hombre que tenía detrás con cara de absoluta sorpresa al ver que una flecha salía de su pecho. El hombre miró a Adhémар a los ojos.

—Mi señor —dijo antes de resbalar de su caballo y caer al suelo. No se volvió a mover.

Adhémар se volvió para encarar el asalto. Procedía, de modo un tanto sorprendente, de una zona del bosque al norte del camino. Adhémар blasfemó al tiempo que espoleaba su caballo para que avanzara. Seguro que alguien podría haberlo avisado de esto. Había numerosos magos en su reino y uno en concreto cuyo deber era ocuparse de la seguridad de sus fronteras del norte. Sin duda, después tendría unas palabras con alguien.

Pero de momento haría lo que mejor hacía, que era intimidar y

aterrorizar a sus enemigos únicamente con su mera presencia. Con eso y con la Espada de Neroche, la espada del rey que había amedrentado los corazones de innumerables enemigos en el pasado. Adhémar desenvainó su espada. Brilló con una luz mágica de color rojo sangre que hizo que sus enemigos se dispersaran.

Entonces profirió su grito de guerra y avanzó, con sus hombres pisándole los talones. Se abrieron paso fácilmente entre el enemigo, no tardaron en dejar el suelo con los cuerpos esparcidos de los caídos. Adhémar se detuvo en el lateral del claro y examinó los cadáveres desde su aventajada posición encima de su caballo. Los tipos que tenía delante no eran precisamente de la clase que estaba acostumbrado a encontrarse. De hecho, sospechaba que no eran exactamente humanos. Se sorprendió a sí mismo anhelando, con una desesperación que en ningún momento anidó en su pecho, que estuviera imaginando cuanto veía.

Observó a sus hombres mientras terminaban su trabajo, luego volvió a enfundar su espada y con un movimiento de la cabeza le indicó a su capitán que continuara. Los hombres se abrieron paso loma arriba hasta el camino, mirando inquietos por encima de sus hombros. Normalmente, Adhémar no habría reconocido que entendía semejantes miradas, pero no podía mentir y decir que no. Había algo siniestro en estas criaturas, siniestro y repugnante y no de este mundo. Y él que pensaba que esa irritante magia negra del norte había sido contenida.

Obviamente no.

Miró por encima de su hombro para realizar un último y rápido recuento de los muertos. Contó dos veintenas.

Pero, al parecer, eso no era todo.

Adhémar vio boquiabierto cómo salió de esos árboles una última cosa que, definitivamente, no era un hombre.

El capitán de Adhémar frenó su caballo y regresó en dirección a la criatura. Él le hizo desistir. Si este botín le pertenecía a alguien, era al rey. Adhémar hizo girar a su caballo y lo espoleó para que avanzara, pero a pesar de su amaestramiento el caballo se encabritó temeroso. Entonces, pese a su destreza, se cayó de la silla y aterrizó en el

suelo indignamente repanchingado. Soltando improprios, se volvió a levantar con dificultad. Apartó nervioso su capa hecha minuciosamente a mano y desenfundó su espada. La luz mágica brilló con intensidad.

Y en ese momento se apagó.

Un dolor de cabeza cegador le sobrevino al mismo tiempo. Adhémár se tambaleó, pero consiguió sacudir la cabeza con bastante fuerza como para eliminarlo. Se tomó un minuto para contemplar su espada con asombro. Esto estaba empezando a oler a desastre. Se llevó la manga a los ojos, tratando de enjugar el repentino sudor. ¡Maldita fuera! ¿Acaso hoy no acabarían nunca las humillaciones? Enfundó de nuevo la espalda blasfemando, luego volvió a desvainarla.

Nada. Ni siquiera un destello.

Cogió la espada y la golpeó con entusiasmo contra su vaina.

Sin vida, como una piedra.

Pronunció malhumorado un par de hechizos, pero antes de que pudiera esperar a ver si obrarían efecto, su enemigo lo había agarrado con una mano deforme de cuatro dedos y arrojado por el claro.

Adhémár por poco aterrizó en un grupo de rocas muy firmes. Se incorporó, miró a su alrededor con confusión y entonces cayó en la cuenta de que ya no sujetaba su espada. La buscó a su alrededor desesperadamente, luego vio que una sombra caía sobre él. La criatura que lo había arrojado por el claro estaba de pie encima de él con la espada levantada, preparándose para atravesarle el pecho.

Entonces la criatura se detuvo. Su rostro, deformado al igual que sus manos, tenía lo que podría haberse denominado una expresión de sorpresa. A continuación empezó a inclinarse lentamente hacia delante. Adhémár se apartó rodando antes de que la criatura se estrelara contra el suelo. De su espalda sobresalía la empuñadura de una espada.

Una mano le ayudó a ponerse de pie y volvió a tirarle su espada. Adhémár asintió con la cabeza agradecido y enfundó de nuevo su inútil espada. El dolor de cabeza y esa perturbadora debilidad estaban remitiendo con tal rapidez que casi se preguntó si se habría ima-

ginado ambos. Se olvidó de todo el episodio con una desagradable sensación de alivio.

Bueno, a excepción del descubrimiento de que, al parecer, su espada era ahora completamente inútil para cualquier cosa que no fuera trincar a enemigos a pares.

Volvió a paso rápido junto a su caballo. No todo estaba bien en el reino y sabía perfectamente a quién culpar.

Saltó a lomos de su caballo, luego con un movimiento de la cabeza le indicó a su séquito que regresara al castillo. Sería preciso que alguien regresara a ocuparse de los cadáveres. Quizás entonces obtendría las respuestas sobre qué clase de criaturas eran ésas, y quién las había creado.

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba observándolo, y después desenfundó a medias la espada de su vaina. Seguía sin ser más que una espada. Esperó a que le hablara, a que reaccionara a su sangre real.

La espada estuvo silenciosa.

Él, por otra parte, naturalmente que no lo estuvo. Soltó improperios mientras conducía a su séquito rápidamente de vuelta al castillo. Blasfemó mientras cruzaba con estrépito las verjas, descabalgaba frente al portón principal y zanqueaba airadamente por los pasillos, subiendo y bajando tramos de escaleras, y finalmente subiendo por la larga escalera de caracol que conducía a la cámara de la torre donde se suponía que su hermano pequeño trabajaba diligentemente en los asuntos del reino.

Adhémar sospechó que en lugar de eso bien podría estar husmeando en la colección del rey de exquisito y amargo vino.

Entonces irrumpió en la cámara sin llamar a la puerta. Se permitió echar una rápida mirada en busca de montones de botellas de vino vacías, pero para su decepción no encontró ninguna. Lo que sí encontró, no obstante, fue la clase de desorden medio organizado que había llegado a esperar de su hermano. A la derecha de Adhémar había una enorme chimenea con dos sillas delante, que se esforzaban por resistir bajo el peso de libros y ropa con los que habían sido cargadas. Enfrente había una larga mesa, asimismo con otra suerte de

cosas de magia esparcidas: papeles, pergaminos, pucheros con sustancias difíciles de identificar. Adhémár supuso que eran inevitables, pero todo en sí le parecía una estupidez.

Se encontró a su hermano de pie detrás de la mesa, mirando por la ventana. Se aclaró la garganta ruidosamente al tiempo que cruzaba la cámara, y luego golpeó la mesa con las palmas de las manos. Su hermano menor, Miach, se giró.

—¿Sí?

Adhémár frunció las cejas. Su hermano era lo bastante parecido a él como para haber sido guapo. Tenía su mismo pelo moreno, la misma complexión envidiable, hasta las mismas facciones perfectas. Hoy, sin embargo, Miach sencillamente no estaba atractivo. Parecía como si se hubiera estado intentando arrancar el pelo de las raíces, no se había afeitado y sus ojos estaban casi bizcos. Y rojos. Adhémár lo miró ceñudo:

—Miach, tienes los ojos tan inyectados de sangre que apenas puedo determinar su color. ¿Qué has estado haciendo, perfeccionar un nuevo hechizo para provocar dolorosos sarpullidos en embajadores molestos?

—No —contestó Miach con seriedad—. Únicamente lo habitual.

Adhémár gruñó. Francamente, tenía poca idea de qué era lo habitual. Hechizos, bisbiseos, un poco de esto y de lo otro; ¿quién sabe? Su hermano era el archimago del reino y Adhémár siempre había sospechado que, en cierto modo, era un cargo de cortesía. Es más, para ser completamente honesto, había empezado a sospechar que bastantes cosas eran mera cortesía.

O por lo menos lo había sospechado hasta esa mañana.

Adhémár desenfundó su espada y la tiró encima de la mesa de trabajo de Miach.

—Arregla eso.

—¿Disculpa?

—Ya no funciona —dijo Adhémár, irritado. Miró a su hermano con indignación—. ¿No has visto nada de la batalla de esta mañana? ¿No tienes una especie de cristal en el que mirar para ver qué sucede en el reino?

—Tal vez —contestó Miach—, pero estaba concentrado en otras cosas.

Adhémар señaló la espada con un dedo.

—Entonces quizá puedas tomarte un momento para concentrarte en esto.

Miach contempló la espada, claramente perplejo.

—¿Hay algún problema con ella?

—¡La luz mágica ha desaparecido! —exclamó Adhémар—. ¡Maldita sea, Miach! ¿Te dedicas a dormir la siesta aquí arriba? Bueno, obviamente no, porque tu aspecto es terrible. Pero como no has estado observándome como deberías haber hecho, deja que te cuente qué ha pasado. Hemos sido atacados por algo. Muchos algos, de una clase que no había visto nunca con anterioridad. Mi espada ha funcionado durante unos instantes; luego ha dejado de funcionar.

—¿Ha dejado de funcionar? —repitió Miach sorprendido.

—Ha sido como si nunca hubiese sido mágica en absoluto.

—¿De veras? —Miach alargó el brazo para levantar la espada—. ¿Y cómo...?

Adhémар cogió rápidamente la espada antes de que su hermano pudiese tocarla.

—Me la quedaré yo, gracias igualmente.

Miach arqueó las cejas.

—Adhémар, no quiero tu espada. Únicamente quería ver si a mí me hablaba.

—Pues no hablará, así que no te molestes.

—Creo...

—No pienses —dijo Adhémар enérgicamente—. Solucióvalo. No puedo dirigir el maldito reino sin el poder de esta espada, y te puedo asegurar que no queda en ella ni una pizca de poder.

—Adhémар —dijo Miach con serenidad—, déjame ver la maldita espada. Puedes sujetarla, si no te fías de mí.

—Un rey no es nunca demasiado cauto —musitó Adhémар mientras le ofrecía su espada a su hermano. Por la punta, naturalmente. Su confianza tenía límites.

Miach la observó, deslizó los dedos por la superficie de la hoja y luego frunció las cejas.

—No noto nada.

—Ya te lo he dicho.

Miach arqueó fugazmente las cejas.

—Así es. —Miró a su hermano—. ¿Y tú? ¿Has perdido también tu magia?

Adhémar recordó los hechizos que había pronunciado cuando la criatura lo había atacado. Había abandonado la escena de la batalla demasiado deprisa para determinar si habían obrado efecto o no, pero no estaba dispuesto a admitirlo. ¿Quién sabe con qué minuciosidad y con qué placer Miach podría querer analizar eso?

—Me he tomado un día libre —dijo Adhémar con frialdad—. Nada más.

—Ten —le ofreció Miach, cogiendo un cirio y colocándolo encima de su mesa—. Enciende eso.

Adhémar se enderezó.

—Demasiado simple.

—Entonces no debería costarte demasiado.

Adhémar fulminó brevemente a su hermano con la mirada, a continuación pronunció un hechizo.

Esperó.

No pasó nada.

—Inténtalo de otra forma —sugirió Miach—. Invoca el fuego en lugar de eso.

Adhémar no había hecho algo semejante desde los seis años, cuando su madre lo había llamado aparte y había empezado a enseñarle los rudimentos de la magia. Le había resultado sencillo, pero eso era de esperar. Al fin y al cabo, había sido el heredero elegido para el trono.

Ahora cerró los ojos y bloqueó los ruidos apenas perceptibles de la vida del castillo, la respiración de su hermano, sus propios latidos. Ahí, en la parte más honda y silenciosa de su ser, invocó el fuego. Acudió, un solo destello que él dejó crecer hasta que llenó toda su mente. Abrió los ojos y deseó con fervor que creciera alrededor de la mecha.

Nada, ni siquiera una nube de humo.

—Una anomalía —dijo Adhémar, pero incluso él tuvo que admitir que esto no auguraba nada bueno.

—A ver si lo entiendo —comentó Miach lentamente—. Tu espada no tiene magia, tú aparentemente no tienes magia, y no tienes ni idea de por qué ha pasado ninguna de las dos cosas.

—Eso lo resumiría bastante bien —repuso Adhémar lacónico—. Ahora arréglalo todo y ven a verme al salón cuando lo hayas conseguido. Voy a buscar una jarra de cerveza. —Se volvió, salió por la puerta dando un portazo tras él y bajó las escaleras pisando fuerte.

De hecho, sospechaba que necesitaría varias jarras de cerveza para erradicar los recuerdos del día que acababa de vivir. Lo mejor sería hacerlo antes de que las cosas empeoraran.

Miach miró hacia la puerta cerrada durante unos instantes antes de agachar la cabeza y exhalar. Esto era un giro inesperado de los acontecimientos, pero no imprevisto. Hacía ya catorce años que era el archimago del reino; había asumido esos deberes en el mismo momento en que Adhémar había ocupado el trono, al morir sus padres. En esos catorce años, había mantenido permanentemente las defensas menos visibles junto al norte, dedicando gran parte de su tiempo e invirtiendo gran parte de su fuerza en mantener a Lothar, el mago negro de Wychweald, arrinconado. Dichas defensas habían estado continuamente a prueba, continuamente bajo una u otra clase de asedio.

Hasta el año anterior.

Era como si el mundo que había fuera del reino de Neroche se hubiera quedado de pronto dormido. Sus hechizos para proteger y defender habían permanecido intactos, sin ser desafiados ni perturbados. Pero había sido consciente de que eso no podía durar y no duraría.

Tal vez el asalto hubiera comenzado, y de una forma que él no había previsto.

Pero ¿qué había que hacer ahora? Estaba del todo seguro de que la espada de Adhémar no había renunciado a su magia por sí sola, y de que su hermano no había perdido la suya simplemente porque sí.

Si alguien le había hecho un hechizo al rey, el rey tenía los suficientes poderes mágicos como para notarlo. O por lo menos debería.

Miach reflexionó sobre eso durante unos instantes. Adhémara era el rey y como tal estaba en posesión del manto que iba con semejante realeza. Aunque quizá se había pasado tantos años sin usar su magia para nada más urgente que la acidificación de su vino predilecto, que había perdido su habilidad, un poco como el hombre que pierde su fuerza porque se tumba boca arriba con los pies en alto y jamás levanta nada más pesado que un tenedor.

Pero que la espada hubiera perdido también su poder...

Miach se levantó y empezó a pasear. A la hoja no se le había hecho ningún hechizo que él pudiera percibir, pero quizás hubiese más cosas en juego de las que podía ver. Quizás a Adhémara le había sido arrebatada su magia de la misma forma. Pero ¿por qué? ¿Y por quién? Estaba muy familiarizado con el olor de la magia de Lothar y ésta no despedía un hedor de esa clase.

Miach paseó hasta que la cámara dejó de proporcionarle espacio suficiente para ayudarlo verdaderamente a pensar. Descendió las escaleras y empezó a deambular por el castillo. Paseó incansable hasta que se encontró de pie en la sala principal. Era un lugar hecho para impresionar, con enormes chimeneas en tres de sus lados y una tarima elevada en el fondo. Un sinnúmero de reyes de Neroche se habían sentado a esa mesa en ese estrado, confiados con la magia que poseían.

Al principio del reino la magia había pertenecido única y exclusivamente al rey. Los dos primeros reyes de Neroche habían custodiado el reino en virtud de su propio poder. Con el tiempo los reyes habían tenido suficiente poder en ellos y sobre ellos mismos o habían hallado otros métodos para aumentar ese poder. La Espada de Neroche había sido concedida con un poco de magia en sí, pero siempre había estado ligada al rey.

A la larga eso había cambiado. Había sido el nieto del rey Harold el Valiente quien había contemplado su posteridad, teniendo en cuenta que la reina lo había abandonado por uno de los hijos de Lothar, y había decidido que la única forma de garantizar la seguridad del reino era imbuir a su espada de todo su poder. Y así lo

hizo. Designó rey al menos reprovable de sus hijos y para contrarrestar nombró archimago a su sobrino, que tenía dones mágicos. Y había sido la Espada de Neroche, a partir de entonces, la que había encerrado la mayor parte de la magia del rey, oculta en el acero de su hoja.

Miach bajó la vista al suelo y se frotó la nuca. Naturalmente, él tenía su propia magia, más de la que jamás había reconocido ante sus hermanos, más incluso de la que él había intuido al convertirse en archimago. Pero sabía, de un modo profundo y rotundo, que calaba en lo más hondo de su ser, que necesitaría toda la magia que él pudiera reunir así como toda la que el rey pudiera extraer de la Espada de Neroche para mantener a Lothar a raya, en caso de que organizara un ataque directo.

A menos que hubiera otra manera.

Oyó el débil tarareo de una canción. Miró a su alrededor, sobresaltado, pero la sala principal estaba vacía. Frunció las cejas, luego retomó su contemplación del suelo.

De nuevo, oyó el susurro de una canción.

Se dio cuenta, súbitamente, de dónde procedía la música. Levantó la vista despacio hasta que sus ojos se clavaron en una espada colgada sobre la enorme chimenea que había en el fondo de la sala principal.

La Espada de Angesand.

Miach cruzó lentamente el salón hasta la tarima, se subió a ésta y bordeó la alta mesa del rey. Alzó la vista, descubriendo que era imposible no hacerlo. La espada estaba colgada fuera de su alcance, de modo que se vio obligado a coger una silla. Tiró de la espada hacia abajo y la examinó.

La Espada de Angesand, forjada por Mehar de Angesand, reina de Neroche, y adornada con bastante magia como para hacer que hasta las almas de estómago más fuerte temblaran. Miach la sostuvo en alto, pero no vio más que la luz del fuego centelleando a lo largo del pulido acero, luz del fuego que mostraba la tracería de hojas y flores sobre la hoja. Todas las cosas que la reina Mehar amaba...

La espada susurró el eco de la canción que Miach había oído, luego se quedó callada.

Miach miró la hoja. Si la Espada de Neroche no reaccionaba, ¿era posible que la Espada de Angesand lo hiciera? ¿No podía encontrarse un alma que despertara su magia? Si se pudiera dar con algún esgrimidor, quizás eso bastaría para dominar a Lothar hasta que él pudiese solucionar el misterio de Adhémar y su espada.

Quizá.

A Miach le tembló la mano al dejar la espada en su sitio (y no fue por el esfuerzo). Tal vez funcionara. Es más, no veía por qué no iba a funcionar. Se giró y salió de la sala principal, convencido de que no se podía tomar otro camino. El rey de Neroche había perdido su magia y el archimago no podía ganar la batalla solo. La Espada de Angesand tenía bastante poder impregnando su elegante acero para inclinar la balanza a su favor.

Ahora había que encontrar a alguien dispuesto a marcharse y buscar a ese esgrimidor.

Miach se abrió paso por el castillo y regresó a las dependencias privadas de la familia. Se encontró a casi todos sus hermanos reunidos en su propio y más modesto salón, sorbiendo o bebiendo a tragos cerveza como autorizaban sus circunstancias concretas. Se detuvo en la puerta de la cámara y los recorrió a todos con la mirada. ¿Había allí algún hombre que pudiera tener la claridad de visión para reconocer a un esgrimidor si viera a uno?

Miach miró a Cathar, sentado a la derecha de la silla del rey. Era un hombre serio de treinta y cinco inviernos, apenas un año menor que Adhémar, a quien jamás se le habría ocurrido ocupar sin ofrecimiento el asiento de su hermano para ver qué se sentía.

Naturalmente, esa clase de intento no era nada para Rigaud, dos años menor que Cathar y tan frívolo como serios eran los demás. Estaba cómodamente apoltronado en la silla de Adhémar, ataviado con sus mejores ropas. Miach miró intencionadamente a su hermano de ojos verdes y a cambio sólo recibió un perezoso guiño. Cuando Adhémar entrase, Miach sería obligado a sacar a la fuerza a Rigaud de su asiento, con lo que Rigaud disfrutaría inmensamente, aunque no dudase en protestar por los daños ocasionados a su vestimenta.

Luego estaba Nemed, un hombre delgado de treinta y dos años, de ojos gris claro y sonrisa dulce. Miach sacudió la cabeza. Cathar no se habría atrevido a asumir la tarea, Rigaud la habría olvidado en su búsqueda de fama y fortuna y a Nemed lo habría hecho trizas cualquiera que tuviese ambición de poder.

Eso le dejaba únicamente a sus hermanos gemelos, Mansourah y Turah. Eran unos astutos guerreros, pero su lealtad pasaba por las armas. Probablemente habrían dedicado el tiempo a pelearse por cuál de *ellos* podía ser el más adecuado para esgrimir la Espada de Angesand en lugar de buscar a otra persona que lo hiciera.

Miach suspiró con fuerza al darse cuenta de lo que había sabido desde el principio. Sólo una persona podía buscar al esgrimidor, y a esa alma no le alegraría enterarse de la noticia.

De pronto Adhémar entró en la cámara. Todos se levantaron salvo Rigaud, que al parecer no quería ceder su asiento antes de lo necesario. Miach reprimió una sonrisa por el graznido que tuvo lugar cuando el gallo peripuesto fue sacado de su rama sin contemplaciones.

Adhémar se sentó, luego miró a Miach.

—¿Y bien?

Miach cerró la puerta a sus espaldas y a continuación se apoyó en ella. No tendría sentido dejar escapar a nadie innecesariamente.

—Creo que he encontrado una solución.

—¿Una solución? —repitió Cathar—. ¿Una solución a qué?

Miach cruzó los brazos delante del pecho. No estaba dispuesto a revelar los detalles de la actual situación del rey. Que lo hiciera él mismo.

Adhémar le lanzó a Miach una mirada de indignación; luego se dirigió a Cathar:

—He perdido mi magia —dijo sin rodeos.

Hubo sonidos de asombro de varios de los presentes. Cathar arqueó las cejas.

—¿Esta tarde? —le preguntó.

—Sí.

—¿Es permanente? —inquirió rápidamente Rigaud.

—No te hagas demasiadas ilusiones —dijo Adhémár con sequedad—. Estoy seguro de que volverá pronto. —Le lanzó una mirada a Miach—. ¿Verdad?

—Todavía estoy trabajando en ello —contestó Miach. Y, sin duda, seguiría haciéndolo durante bastante tiempo.

Adhémár frunció el entrecejo, luego volvió a mirar al resto de sus hermanos.

—No es permanente —comentó con seguridad—. De modo que hasta que recupere mi magia, estoy convencido de que nuestro inteligente hermano, ése de ahí, tiene una solución a nuestros problemas. —Miró hacia Miach expectante.

Miach no quería poner cara de estar preparándose para una batalla, así que esbozó una amable sonrisa.

—La tengo —dijo sonriente—. Sugiero la Espada de Angesand.

—La Espada de Angesand —articuló Adhémár. Se atragantó, miró en vano a su alrededor en busca de algo para beber y luego se dio desesperado unos golpes en el pecho. Cathar le pasó su propia jarra de cerveza. Tomó un gran sorbo—. ¿La qué? —dijo con dificultades para respirar.

—Ya lo has oído.

—¡No hablarás en serio!

—¿Por qué no? —le preguntó Miach.

—¡Porque es una espada de mujer! —exclamó Adhémár—. ¡No puedes pedirme que esgrima una espada de mujer!

Miach reprimió el impulso de poner los ojos en blanco.

—*No es* una espada de mujer. Fue simplemente forjada por una mujer...

—¡Tiene flores por todas partes!

—Piensa que es una belladona que inflige una muerte lenta y dolorosa a aquellos a los que atraviesa —dijo Miach—. Muchos hombres han llevado esa espada a una batalla y han ganado con ella, independientemente de las flores. —Hizo una pausa—. ¿La has blandido alguna vez?

Adhémár lo miró ceñudo.

—La he blandido y no, no pronuncia mi nombre. Afortunadamente —musitó—, porque no la llevaría aunque lo hiciera.

—No pretendo que la llesves *tú* —explicó Miach—. Pretendo que encuentres a alguien *más* para que la lleve.

Adhémar lo miró boquiabierto. Miach reparó en que el resto de sus hermanos tenían expresiones similares. Excepto Rigaud, por supuesto, que estaba mirando el trono fija e interesadamente.

—¿Qué clase de alguien? —preguntó Cathar con cautela.

—Me imagino que tendrá que ser un mago —contestó Miach lentamente—. Desde la última vez que la usó la Reina Mehar, sólo ha sido esgrimida por aquellos que tienen magia.

—¿Por qué no la utilizas tú? —preguntó Adhémar—. ¿O no tienes la magia necesaria para hacer eso?

Miach miró a su hermano con frialdad.

—Yo diría que sí, pero la espada no me llama.

—¿Se lo has pedido?

—Adhémar, ya no soy un muchacho de ocho veranos. Hasta yo puedo llegar tan arriba como para bajar la espada de la pared, lo cual he hecho un par de veces mientras dormíais la siesta.

—Yo lo he visto —intervino Rigaud solícito—. Y más de dos veces.

Miach miró indignado a Rigaud antes de volverse a dirigir a su rey:

—Necesitamos una espada para reemplazar la tuya hasta que podamos determinar qué es lo que te aflige.

Adhémar gruñó.

—Muy bien, veo que tiene sentido. ¿Dónde irás a buscar a ese mago?

Miach reflexionó. No podía dejar a Adhémar custodiando las fronteras sin su magia. En ocasiones sospechaba que era peligroso incluso dejarlo al frente *con* su magia. Pero de ningún modo le diría eso. Esto requeriría diplomacia, tacto y muy probablemente un montón de halagos injustificados. Miach se aclaró la garganta y frunció las cejas, fingiendo que pensaba mucho en el asunto.

—Supongo que yo podría ir —empezó—, pero me sería imposible reconocer quién es el hombre. —Eso no era del todo cierto, pero tampoco tenía sentido decirle eso a Adhémar—. A diferencia de ti, mi señor.

—¡Maldita sea, Miach, no puedo invocar la suficiente luz mágica para no tropezar y caerme por las escaleras! Vete tú a buscarlo.

—Pero nadie más ve con la misma claridad que tú —dijo Miach con suavidad—. Y será preciso un tipo de visión especial, un ojo que discierna más allá de lo que la mayoría de mortales pueden ver, una capacidad de juicio que únicamente un hombre de ingenio y sabiduría sublimes posee. —Hizo un alto con dramatismo—. En resumen, mi señor, es una tarea a la altura de la cual solamente tú puedes estar.

Adhémar abrió la boca para protestar, luego la cerró de repente. Miach supuso que estaba asimilando los halagos inesperados y comparando la gloria potencial de que eso fuese cierto con el problema de abandonar realmente Tor Neroche para vagar por los Nueve Reinos en busca de alguien que esgrimiera una espada que no era suya.

Miach vio que Rigaud se movía, sin duda para decir algo relacionado con mantener el trono caliente para su hermano durante su ausencia. Le lanzó a Rigaud una mirada de advertencia. Éste le devolvió un gesto bastante grosero, pero sonrió mientras lo hacía. Miach frunció los labios y redirigió su atención a Adhémar. Por fin su hermano soltó un impropio.

Una muy buena señal.

—Necesitaré estar de vuelta a mediados del invierno como muy tarde —anunció entonces.

—¿Por qué? —le preguntó Miach con cautela.

—Voy a casarme.

—¡Al fin! —exclamó Cathar, que parecía bastante aliviado—. ¿Con quién?

—Todavía no lo sé —dijo Adhémar, acabándose la cerveza de Cathar y devolviéndole a su hermano su jarra—. Aún estoy pensando en ello.

Miach estaba decidido a sugerir que quizás podría elegir a alguien con una considerable cantidad de magia para compensar su falta de la misma, pero se contuvo. De momento, bastaría con disponer de tiempo para solucionar lo que realmente sucedía en el palacio sin tener a su hermano ahí abajo, chillando por sus tormentos como un cerdo enjaulado.

Adhémár estaba malhumorado.

—No me gusta mucho esta idea. —Miró a Miach con los ojos entornados—. Supongo que es una de tus artimañas para poder tener los pies calientes junto al fuego mientras yo estoy fuera buscando a un estúpido dispuesto a arriesgar voluntariamente su vida para protegernos del norte.

Miach no le dio su opinión al respecto.

Adhémár blasfemó de una manera muy imaginativa durante bastante rato. Finalmente, los recorrió a todos con una mirada.

—Bien, parece que me voy a ir a encontrar a un esgrimidor para la Espada de Angesand.

—Que tengas un fabuloso viaje —dijo Rigaud, acercándose al trono.

Adhémár lo miró con indignación.

—Turah ocupará el trono mientras estoy fuera...

—¿Qué? —gritó Rigaud, saltando frente a su hermano—. Adhémár, ¿qué pasa conmigo? Sé que Nemed es un inútil...

A Miach no le sorprendieron ni el volumen de las protestas ni la elección de Adhémár. Al fin y al cabo, éste tenía perfecto derecho a elegir a cualquiera de sus hermanos para sucederlo.

Adhémár alzó una mano.

—Él es mi decisión y mi decisión es irrevocable. Tú, naturalmente, le ayudarás como me ayudarías a mí.

Miach no necesitó adivinar el futuro para saber qué pasaría en ausencia del rey. Mansourah le haría sombra a Cathar, Nemed se quedaría discretamente detrás de Turah y lo sostendría en caso de que vacilara, y Rigaud estaría continuamente furioso por la injusticia de todo aquello. Adhémár miró a Miach.

—Y tú harás lo que creas conveniente, supongo.

—Lo que le venga en gana, querrás decir —refunfuñó Rigaud.

—Como hago normalmente —dijo Miach con una sonrisa solemne—. Tengo suficiente trabajo como para estar ocupado.

—Vigila tus espaldas, Adhémár —dijo Cathar con voz cavernosa. Cubrió con las manos su jarra de cerveza—. No tengo ninguna intención de coronar a Turah próximamente.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó Rigaud—. Mi señor, tal vez yo debería ir y defenderte.

—¿Con qué? —repuso Cathar con el ceño fruncido—. ¿Con una de tus túnicas de vivos colores? Sí, deslumbra a los malditos indeseables con tu vestimenta y reza para que a pesar de ello no te apaleen.

Pese a todo su atildamiento, Rigaud no podía dejar de defender su propio honor y se abalanzó sobre su hermano mayor soltando palabrotas. Adhémar se apartó de la pelea y bebió de la cerveza de Rigaud. El descanso del rey fue breve. Pronto se vio involucrado en la escaramuza. Miach suspiró. Las cosas no habían cambiado, o eso parecía.

O quizá no.

Miach observó la escena de la escaramuza y aunque las cosas parecían estar como siempre, en realidad no lo estaban. Adhémar no tenía poder. Y el resto de sus hermanos, ni tan siquiera juntos tenían la suficiente magia para mantener controladas las amenazadoras tinieblas. No, había que encontrar a alguien que esgrimiera la Espada de Angesand, y Adhémar era el adecuado para hacerlo.

—¡Miach! —gritó Adhémar aplastado por el montón de hermanos—. ¿Se te ocurre dónde debería ir?

—Probablemente al sitio más improbable de todos —ofreció Miach.

—Ya, pero hay muchísimas opciones —dijo Adhémar con amargura. Se sacudió a sus hermanos de encima uno por uno, luego se incorporó y suspiró—. ¿El Reino de Ainneamh?

—Allí sólo hay elfos —dijo Miach—. Yo no me molestaría en ir. Dirigiría mi atención a un lugar más humilde. —Hizo una pausa—. Tal vez la Isla de Melksham.

—¿Cómo? —replicó Adhémar sorprendido—. ¿La Isla de Melksham? ¿Has perdido el juicio?

—Tan sólo era una sugerencia.

—Y pésima. —Sacudió la cabeza con disgusto mientras se levantaba despacio—. Melksham. ¡Ja! Ése será el *último* lugar donde busque. —Miró indignado a Miach una última vez, luego salió a zancadas de la sala, sus improperios flotando en el aire a sus espaldas.

Miach observó cómo sus hermanos se soltaban unos a otros, cogían sus jarras vacías y abandonaban la cámara por separado haciendo un sinfín de comentarios sobre las peculiaridades de la monarquía.

Miach se quedó allí, solo, contemplando el lugar vacío en el que habían estado sus hermanos. De forma inesperada tuvo una visión de la cámara que tenía delante, sólo que estaba abandonada, desierta, en ruinas, inhabitable...

Sacudió la cabeza con fuerza. Eso no era una visión; era una mentira generada por su propia inquietud. Todo iría bien. Estaba haciendo cuanto podía. Sin duda ésta era la peor de las catástrofes.

Reflexionó de nuevo sobre los lugares a los que Adhémar podría posiblemente ir a buscar al esgrimidor. Desde luego la Isla de Melksham era el menos probable, lo que lo convertía en el más probable; pero eso no se lo diría a él. Con un poco de suerte acabaría llegando allí por su cuenta.

Miach se giró y salió de la cámara, dejando la búsqueda del esgrimidor en manos de su hermano.

Por el momento.